

flores; sus cabeceitas con coronas de azahar y en las manos llevaban algún atributo de los arcángeles del cielo.

Algo se quiere parecer la moderna filista del mes de María en la concurrencia de niñas, á las que antiguamente se verificaban dedicadas á la Purísima, á la Virgen del Carmen, á la de la Merced y á nuestra Señora del Socorro; pero sea que nuestra memoria nos engañe ó que por tratarse entonces de actos de culto externo, las familias se esmeraban más en vestir lujosamente á las niñas y en mandarlas en mayor número, lo cierto es que á nosotros nos parece que aquellos encantadores grupos de pequenuelas, no se han vuelto á ver en San Luis, en las fiestas religiosas que la Iglesia consagra á la Virgen María.

En ese Corpus, lo mismo que en los demás que salían de los diversos templos de la ciudad, se ponían altares en varias casas de las calles de la estación, esmerándose las familias que las habitaban, en adornarlos con exquisito gusto. Al pasar la procesión, se adelantaba el sacerdote que llevaba la peña de la custodia y la colocaba en el altar. El palio hacia alto frente á la casa donde éste estaba, entraba el sacerdote que llevaba la custodia, que siempre era el cura de la ciudad, ó alguno de los preladados de los conventos, y la ponía en la peña. Las imágenes de Santos que iban adelante hacían también alto, y los que las cargaban las volvían en dirección de la casa donde había altar. El sacerdote cantaba el *Tantum ergo Sacramento*, le respondían los cantores, y la procesión seguía su ruta. Mientras ese acto se verificaba, la columna militar de honor presentaba las armas y la banda batía marcha. Igual ceremonia se repetía en todos los altares que los vecinos ponían en sus casas, ó en los cruceros de las calles. Todas estaban adornadas con colgaduras de los balcones y ventanas de las casas, lazos de flores, canastillas, gallardetes, etc., etc. Cada vecino mandaba regar el frente de su casa y si la procesión era dedicada á la Virgen María, bajo cualquiera de sus advocaciones, entonces además del regadío, se tiraban flores en el pavimento de las calles.

La última función solemne y procesión en el año, era la de la Virgen de Guadalupe el 12 de diciembre; pero esta popular fiesta ya está reseñada con todos sus detalles en la Historia del Santuario de Guadalupe que publiqué el año de 1894.

LA FERIA DE SAN JUAN DE LOS LAGOS.

El periódico, *La Voz de la Niñez*, de Lagos, dedicó en 1897 un artículo conmemorativo á la feria de San Juan, con motivo del centenario de la concesión otorgada por el Rey Carlos IV á dicha Villa para una feria anual, durante la cual serian libres los efectos que en ella se vendieran, de toda clase de derechos.

El mismo periódico citó los años en que dicha feria llegó á su mayor apogeo, la cantidad aproximativa de gente que concurría de todos los puntos de la República y las cantidades que se calculaba en movimiento de efectos nacionales y extranjeros.

Nada me parece exagerado de lo que dice *La Voz de la Niñez*, si admitimos por base el participio que San Luis tomaba en la famosa feria.

Me tocó presenciar por los años de 1850 á 1854, el inmenso gentío que salía de San Luis para San Juan de los Lagos. Los comerciantes, dejando encomendados sus establecimientos á los dependientes de más confianza, salían desde los primeros días de noviembre, llevando sus cargamentos de efectos que podían vender ó cambiar en la feria. Los que coseguían en la Villa una tienda, en altísimo precio de alquiler, se consideraban afortunados, pues la mayor parte tenían que exhibir sus mercancías, en accesorias, en los portales ó puestos ambulantes al aire libre, y muchos había, que ni del cuarto del mesón ó posada los

sacaban, sino que en el mismo alojamiento hacían sus transacciones.

Los romeros, aunque no llevaban bordón ni esclavina, empezaban á salir desde mediados del mismo noviembre, para buscar en San Juan, con alguna anticipación, un alojamiento cómodo. Se entiende que esto lo hacían los que disfrutaban de recursos para proporcionarse esa comodidad; pero el día clásico para el gentío, era el 30 de noviembre, día de San Andrés apóstol, fecha y santo que adquirieron gran popularidad por ser el día escogido para emprender la marcha hasta el célebre Santuario.

Como en mi tiempo las vacaciones eran de mediados de agosto hasta el último día de septiembre, en los días de la feria ya estaban abiertas nuevamente las cátedras, y recuerdo que la mayor parte de los estudiantes *la pintábamos* para ir á divertirnos con la salida de los peregrinos.

Desde la Casa Municipal de Matauza, hasta el punto llamado de la Mexicana, en la zanja que al Oeste y N. O. corta la ciudad, se veía como un hormiguero de gente, de caballos y de asnos. Hombres y mujeres de la clase media y pobre de la sociedad, niños de todas edades, perritos falderos, jaulas con pájaros, equipajes, según las proporciones de los dueños, colchones, envoltorios de zaleas, patates y jorongos, guajes ó cantaritos con agua ó vino, canastas ó costalitos con bastimento ó *gorduada* como le llaman en los pueblos de Oriente. Todo se veía en aquel heterogéneo concurso.

A las siete de la mañana empezaban las gentes á montar en sus cabalgaduras, y entonces era de oír las blasfemias que brotaban de los labios de los arrieros, porque como los burros nunca han entendido de orden y disciplina en la formación, se confundían con los de otros dueños y trabajo costaba reunir los de cada reeua para ponerlos á disposición de los viajeros.

Entre tanto, no escaseaban curiosos incidentes que provocaban la hilaridad de los espectadores. Ya era una señora entrada en años que ayudada por el arriero ó por algún acomedido, iba á subir al jumento, pero que le daban tal impulso que en vez de caer sentada en el aparejo, salvaba al animal, cayendo de bruces en el suelo. Ya una joven presumida que encargaba le dieran un burro que no fuera flojo, y el que apenas sentía la carga se soltaba e-

chando reparos, arrojando desde el primero ó el segundo á la jinete á una regular distancia, y ya por último, se formaba una colisión de veinte ó más pollinos, que producía magullamientos de piernas y caídas, acompañado todo de denuestos, gritos, llantos, risas é insolencias.

Todos esos episodios nos divertían admirablemente á los estudiantes. Tomábamos nuestro punto de vista, en el puente que entonces había sobre la zanja, y desde allí, en medio de las más alegres carcajadas, festejábamos y aplaudíamos á dos manos las peripecias que les ocurrían á los romeros.

A eso de las once todo estaba ya en silencio, habían marchado todos los caminantes, quedando solamente algún aporreado que ya no pudo caminar, y como término de la peregrinación, se veían sobre el camino de la garita de Jalisco, algunos hombres y mujeres que por *manda* caminaban de rodillas hasta comenzar el ascenso de la cuesta de escalerillas.

El mismo día ó el siguiente á más tardar, llegaban los auxiliares de aquellos puntos trayendo cuatro, seis, y hasta diez cadáveres de los caminantes que solos ó con todo y cabalgaduras, habían rodado en los despeñaderos de aquella cuesta. En ese tiempo no estaba todavía abierto el camino que ahora existe; había veredas estrechísimas que sólo permitían el paso de un animal ó de dos hombres á lo más, de manera que en esa afluencia de caminantes era muy frecuente que unos á otros se empujaran ocurriendo las desgracias que anualmente se registraban en aquella numerosa romería.

Y no era este el único peligro á que se exponían los devotos de la Virgen de San Juan. Seguía después el de los ladrones, que con toda tranquilidad se instalaban en todo el camino de la cuesta.

Todos los peregrinos que salían de San Luis el 30 de noviembre, llegaban á San Juan el 3 de diciembre, permanecían allí hasta el día 8, después de la misa de función, y salían para esta ciudad después de medio día, llegando los primeros en la mañana del día doce y los últimos en la tarde.

Los que salían de San Juan del día nueve en adelante, eran los que pagaban su contingente á los hijos de Gestas.

Si mal no recuerdo, el año de 1853 se situó una gavilla de más de sesenta ladrones, los días 13 y 14 de diciembre, desde el punto llamado La Escalera hasta Volcancillos ó

Cuesta del Cochino, á esperar á los viajeros de San Juan; y como vulgarmente se dice, hicieron una *peta* terrible, pues pasaron de doscientas las personas amarradas en los árboles, nopales y peñas delc amino. Hombres, mujeres y niños pasaron un día y una noche sin alimentos, vigilados por sus agresores, porque á todo el que pasaba le cabía la misma suerte.

Cuando la autoridad de San Luis tuvo conocimiento de esos hechos y mandó la fuerza de caballería competente, sólo tuvo ésta el quehacer de desatar á los robados, pero á los bandidos no les vió ni el polvo.

A pesar de todos esos inconvenientes, nunca decayó el entusiasmo en nuestro pueblo por la peregrinación anual al Santuario de San Juan de los Lagos, y es seguro que todavía tendría ahora aquella feria la misma importancia, si la guerra de los tres años y la de intervención no hubieran interrumpido las peregrinaciones, y las nuevas leyes fiscales no hubieran suprimido las franquicias concedidas á aquella localidad.

Todo el tiempo que permanecían en San Juan los comerciantes de San Luis, sufría cierta paralización el comercio de esta plaza, porque todos, especuladores y consumidores, esperaban el regreso de los dueños de las casas de comercio, para comprar los efectos de San Juan, que los suponían más baratos, más nuevos y de mejor calidad.

Alguna familia iba á buscar un efecto á una tienda, y aunque lo hubiera lo negaban, diciéndole que no tardaba en llegar el patrón de la feria y que traía un maguífico surtido.

Al llegar los dueños de las casas, se aglomeraba la gente, en verdadero tumulto, á comprar las novedades de la feria, y en muy pocos días vendían los comerciantes lo que habían traído y lo que tenían como *mulas* en sus almacenes y bodegas, pero que todo salía á buenos precios como artículos comprados en competencia en la plaza de San Juan.

Recuerdo que siendo administrador de la Aduana D. Francisco Palomo, en tiempo del Gobernador D. Julián de los Reyes, le decomisó á un dueño de Mercería, D. Severo Lechón, trescientos y tantos sombreros alemanes que vendía como traídos de San Juan, en la puerta de su Mercería y que por lo barato se vendían como pan caliente.

El administrador Palomo fundó su procedimiento en

que dichos sombreros no hablan sido presentados á la oficina, y Lechón, viendo que legalmente perdía el asunto en el juicio contencioso, tuvo que declarar y pudo probar plenamente, que los dichos sombreros no vinieron en su carga de San Juan, sino que hacía años que los tenía en bodega y aun algunos presentaban algunas picaduras. Lechón se libró de la pena de comiso, y el juez, Lic. Ortega, sólo le impuso una multa por engaño al público.

Lo curioso de esa romería y que le daba extraordinaria importancia mercantil, era la creencia vulgar de que las *mandas* á la Virgen de San Juan, sólo eran bien recibidas por la Madre de Dios, en los días de la función clásica de diciembre, de manera que todo el año nuestro pueblo se encomendaba á la Virgen en todas sus necesidades; le ofrecía mandas por la salud de los enfermos, por las buenas cosechas, porque los librara de sus enemigos, de accidentes desgraciados, etc., y todas esas mandas las iban á pagar en los días de la función, llevando las velas de cera, los milagros de la misma substancia ó de plata, los retablos y otros presentes que la piedad popular ofrecía como recuerdo de la gracia recibida.

Y esa creencia no sólo dominaba en San Luis, sino en todas las poblaciones de la República donde se había generalizado la devoción á la Virgen de San Juan; de ahí es que por quinientos negociantes de todas categorías y recursos que iban á comerciar, concurrían tres ó cuatro mil devotos de todo sexo y edad, que su presencia en la pequeña Villa, le daba á ésta un movimiento inusitado y una gran importancia á toda élase de comercio.

Ahora se encuentra esa feria en completa decadencia. El comercio no tiene ya ese aliciente de las franquicias para concurrir, porque con el cambio de sistema rentístico no puede haberlas, y además porque las vías rápidas de comunicación pueden surtir en pocas horas de toda élase de mercancías, hasta las poblaciones más apartadas.

Quedan únicamente los devotos, disminuidos también notablemente, que son los únicos que cada año vemos partir en pequeñas caravanas el día de San Andrés.